

Leer la mente El cerebro y el arte de la ficción

JORGE VOLPI
Penguin Random House Grupo Editorial, México, 2007

por Ileana Iribarren* pp. 171-175

Jorge Volpi es un escritor mexicano, miembro de la denominada *generación del crack* y actualmente coordinador de Difusión Cultural de la UNAM. En 2018 obtuvo el Premio Alfaguara por su obra *Una novela criminal*. Había leído su novela *En busca de Klingsor*, publicada por Seis Barral en 1999 y no mucho más. No sé cómo di a parar con el ensayo que ahora comento, pero fue una de esas casualidades prodigiosas. Era lo que necesitaba leer en ese momento.

Como lectora —y a veces escritora— de ficción, se me han planteado múltiples interrogantes sobre el significado de la ficción en nuestras vidas. El aspecto lúdico del consumo de ficción me parece incuestionable: leemos para divertirnos, para pasar el rato. También leemos para instruirnos, para aprender. Pero, ¿es solo eso?, ¿qué nos aporta la ficción?, ¿cuánto influye en nuestras vidas?, ¿qué hacemos con todas esas emociones que sentimos al leer una buena novela?, ¿de qué manera los personajes y los paisajes ficticios forman parte de nuestra memoria?, ¿será posible que, como Alonso Quijano, confundamos la ficción y la realidad a tal punto que nos cueste diferenciarlas?

Volpi nos introduce en su ensayo, *Leer la mente*, cuestionando la opinión de algunos escritores que aseguran que la literatura —o el arte— «no sirve para nada», en el sentido de que no tiene una aplicación práctica, de que es prescindible. Dice el autor: «Se equivocan: en su calidad de herramienta evolutiva, el arte no puede sino perseguir una meta más ambiciosa. ¿Cuál? La obvia: ayudarnos a sobrevivir y, más aún, hacernos auténticamente humanos».

Entonces nos adentramos en un esquema evolutivo, de cómo la humanidad, desde sus inicios, utilizó la ficción para representar la realidad. La noción de *representación de la realidad* es la idea fundamental de toda ciencia, pero también del arte. Ya lo decía

* Matemática, Especialista en Probabilidades y Estadística, y Doctora en Matemáticas por la Universidad Central de Venezuela. Profesora titular jubilada de la Facultad de Ciencias de la misma universidad.
Correo-e: ileanairi@gmail.com

Aristóteles en su Poética, cuando describe el arte como *imitación de la realidad*. Este juego aparente, que es más antiguo de lo que pensamos, es la herramienta de la que disponemos para percibir y comprender la realidad. A través de las ciencias y del arte, el hombre construye modelos imitando los fenómenos naturales y los comportamientos humanos, y desde allí —simplificándolos o exagerándolos— intenta comprender su mecanismo. ¿Para qué? Para predecir el futuro, para protegerse del porvenir, para salvaguardar nuestra integridad como individuos y como especie.

Dice Volpi:

«Desde esta perspectiva, la ficción cumple una tarea indispensable para nuestra supervivencia: no solo nos ayuda a predecir nuestras reacciones en situaciones hipotéticas, sino que nos obliga a representarlas en nuestra mente —a repetirlas y reconstruirlas— y, a partir de allí, a entrever qué sentiríamos si las experimentáramos de verdad».

El arte, y en especial el arte de la ficción, nos ayuda a comprender el comportamiento humano, no de la misma manera a como lo haría un psicólogo, sino a través de la confrontación con una gran cantidad de situaciones y personajes, inventados por un autor, que se parecen a las reales. La información que recibimos a través de la ficción es procesada en nuestra mente como si fueran reales:

«Porque los mecanismos cerebrales por medio de los cuales nos acercamos a la realidad son básicamente idénticos a los que empleamos a la hora de crear o apreciar una ficción. Su suma nos ha convertido en lo que somos: organismos autoconscientes, bucles animados».

De todas maneras, lo que percibimos de la realidad conlleva nuestra interpretación de ella y necesariamente nuestra imaginación la moldea, la recrea y la hace a nuestra medida. No tenemos opción, es lo único que podemos hacer para acceder a ella. Lo que conocemos de las personas que nos rodean no es mucho más de lo que conocemos de un personaje de ficción. Por lo tanto, podemos decir que Volpi no exagera cuando dice:

«El como si que nos permite tolerar el universo imaginario de una novela es idéntico, pues, al como si que nos lleva a asumir que la realidad es tan sólida y vigorosa como la presenciamos. Si la ficción se parece a la vida cotidiana es porque la vida cotidiana también es —ya lo suponíamos— una ficción. Una ficción *sui generis*, matizada por una ficción secundaria —la idea de que la Realidad es real—, pero una ficción al fin y al cabo».

Entonces vivimos tanto de la realidad, de lo experimentado, como de la ficción, lo imaginado. Pero, lo imaginado, cuando lo percibimos a través de la ficción creada por otros, entra a formar parte de las imágenes que constituyen nuestra memoria. La memoria

propia y la memoria prestada. Con la ficción construimos situaciones imaginarias que nos preparan en el caso de que nos hallemos confrontados a situaciones similares reales.

«Cuando no descansa en un dogma, la ficción nos permite, por el contrario, ensanchar nuestra idea de lo humano. Con ella no solo conocemos otras voces y otras experiencias, sino que las sentimos tan vivas como si nos pertenecieran»

Volpi nos hace un somero recorrido por los estudios recientes de las neurociencias. De cómo las emociones, reales o ficticias, juegan un papel fundamental en el proceso de la construcción del yo. De cómo la invención de la ficción fue un paso fundamental en la evolución humana que, de alguna manera, contribuyó a la configuración de la consciencia: la propia y la colectiva. Esa consciencia le dio a la humanidad una cierta supremacía sobre otras especies. De cómo la memoria crea patrones de comportamiento y nos inducen a actuar de acuerdo a ellos. Mientras más complejos sean esos patrones, mejores serán nuestras respuestas. Cito de nuevo al autor:

«No quiero exagerar: leer cuentos y novelas no nos hace por fuerza mejores personas, pero estoy convencido de que quien no lee cuentos y novelas —y quien no persigue las distintas variedades de la ficción— tiene menos posibilidades de comprender el mundo, de comprender a los demás y de comprenderse a sí mismo. Leer ficciones complejas, habitadas por personajes profundos y contradictorios, como tú y como yo, como cada uno de nosotros, impregnadas de emoción y desconcierto, imprevisibles y desafiantes, se convierte en una de las mejores formas de aprender a ser humano.»

El autor resume en su prólogo la intención de su ensayo con estas palabras:

«Mi hipótesis central: si la ficción es una herramienta tan poderosa para explorar la naturaleza —y en especial la naturaleza humana—, es porque la ficción también es la realidad. Una vez que las percepciones arriban al cerebro, este órgano húmedo y tenebroso codifica, procesa y a la postre reinventa el mundo tal como un escritor concibe una novela o un lector la descifra. Aun si en la mayor parte de los casos somos capaces de diferenciar lo cierto de lo inventado, su sustancia se mantiene idéntica. A causa de ello, la ficción resulta capital para nuestra especie. La literatura no sirve para entretenernos ni para embelesarnos. La literatura nos hace humanos.»

En el capítulo *La última función del Teatro Cartesiano y los rizos de Hofstadter*, Volpi, quien ha tenido la suerte de conocer personalmente a Hofstadter, hace referencia a las ideas del autor del famoso libro, *Gödel, Escher y Bach: un eterno y grácil bucle*, publicado en 1979, (y que tuve la suerte de leer algunos años después, en su traducción al francés) para mostrarnos cuán compleja es la creación artística, desde diversos puntos de vista. Las innovadoras observaciones de Hofstadter sobre el comportamiento de la mente siguen tan vigentes como lo fueron en el momento de la publicación de su obra.

En *La máquina de Joyce y el robot psicoanalista*, el ensayo de Volpi nos pasea, siguiendo al filósofo Daniel Dennett, por el funcionamiento de las computadoras, desde Alan Turing y von-Neuman hasta los recientes avances en inteligencia artificial. Sin duda, las computadoras son el resultado del estudio del comportamiento de la inteligencia humana, de nuestro análisis sobre nuestra propia manera de pensar. A su vez, las computadoras nos han enseñado sobre nuestro propio funcionamiento cognitivo. La imitación del razonamiento humano, intentado mejorarlo, nos ha llevado a grandes logros tecnológicos, pero desde sus inicios nos hemos preguntado si las máquinas «pensantes» lograrán superarnos. Es el tema de muchas extraordinarias obras de ficción.

En el capítulo *La memoria de Leonardo DiCaprio y el olvido de Jim Carrey*, Volpi discute las intrincadas trayectorias de la memoria: la memoria falsa o inventada; la memoria personal o la histórica; los mecanismos, aún no bien entendidos, de cómo funciona y de las terribles consecuencias que puede tener para nuestra consciencia el perderla. La memoria es el ingrediente detonador de cualquier ficción. El escritor evoca su memoria para crear su obra y el lector evoca la propia para interpretar la lectura. Finalmente, la empatía es el tema del capítulo *Lectores camaleón y novelas espejo*. Muchas veces se ha dicho que el arte de crear ficción es el arte de la empatía. Solo poniéndonos en el lugar de otro podemos crear personajes, inventarnos sus posibles caracteres y jugar con sus reacciones en el mundo de los posibles. Pero, ¿cómo sucede esto en nuestra mente?, ¿qué son esas neuronas llamadas «espejo»? ¿para qué sirven? Entramos en las emociones y en los trabajos de Antonio Damasio, neurocientífico portugués, quien ha estudiado arduamente el papel que juegan las emociones en la construcción de nuestra estructura mental. Pero si bien, la ficción es una maquinilla de generar emociones, también nos provee de nuevas estructuras de razonamiento, de herramientas para analizar la vida y confrontarnos con nuestra realidad.

Jorge Volpi conoce bien los caminos del creador de ficción: las herramientas y artilugios que utiliza el escritor para inventar una buena historia y para producir el efecto emocional que quiere en el lector. En este sentido, el libro tiene un valor agregado para todo aquel que se interese por escribir ficción. Su propio ensayo está narrado con estas herramientas, lo que hace de su lectura, además de esclarecedora, sumamente placentera. Nos muestra desde su actividad de creador de ficción sus propios conflictos a la hora de crear y de inventar historias.

Hay algunos libros que cuando te caen en las manos y comienzas a leer las primeras líneas no lo puedes soltar. Esto puede suceder por muchas razones, pero hay una especial, la que me ocurrió con el libro de Volpi, que es: «Esto se parece mucho a lo que yo he estado pensando, este es el libro que me hubiese gustado escribir». Guardando las distancias con el autor, que además de ser un escritor de ficción con una amplia trayectoria y poseedor de un conocimiento vasto en temas científicos, los temas que trata en este ensayo han sido de mis recientes obsesiones.